

MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

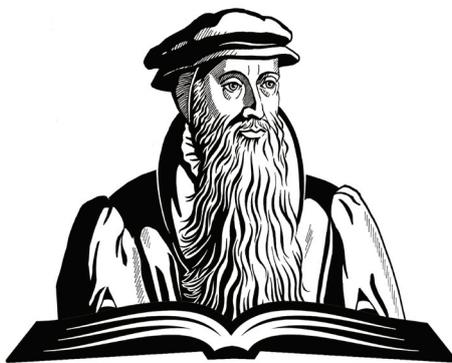
Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)

Módulo 2: La doctrina de Dios

Lección #4

El ser de Dios



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com

The image shows a header for a theological course. It features a background of classical stone columns. The title 'Teología Sistemática' is written in a large, white, serif font with a slight shadow. Below it, the subtitle 'Módulo 2: La doctrina de Dios' and the author 'por el Rev. Robert McCurley' are written in a smaller, white, serif font.

Teología Sistemática

Módulo 2: La doctrina de Dios

por el Rev. Robert McCurley

1. Introducción
2. La naturaleza, los límites y los medios de conocer a Dios
3. Los nombres de Dios
- 4. El ser de Dios**
5. Los atributos de Dios (1.^a parte)
6. Los atributos de Dios (2.^a parte)
7. Los atributos de Dios (3.^a parte)
8. La Trinidad
9. El decreto de Dios
10. La predestinación
11. La creación
12. La providencia



TS 2: La doctrina de Dios
por el Rev. Robert McCurley

Lección #4

El ser de Dios

Los copos de nieve son espectaculares. Cada copo está compuesto de unos 200 cristales de hielo. Estoy seguro que habrás escuchado alguna vez que no existen dos copos de nieve idénticos. Cada uno de ellos es único. Pero tal vez no sepas que, si consideramos la cantidad de nieve que cae en todo el mundo, estaríamos hablando de un millón de billones de copos de nieve cayendo cada segundo, en promedio, cada año.

Solo piénsalo: esa cantidad alcanzaría como para que cada persona en el mundo hiciera un muñeco de nieve cada diez minutos! Ahora, cuando pensamos en ello, decimos: «¡Guau! ¡Eso es fantástico!» Y sin duda lo es. Pero escucha lo que dice en Job 38. Dios está hablando con Job en ese capítulo, y en el versículo 4 le dice: «¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? Decláramelo, si tienes inteligencia».

Dios le está preguntando a Job: «¿Dónde se supone que estabas cuando yo estaba creándolo todo y poniendo los cimientos de la tierra?». Y después, en el mismo capítulo, le dice en el versículo 22: «¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo...?». Aunque la cantidad de nieve sea abundante, no obstante, es medible. Sí, es muchísima, pero también es finita.

Y así como Dios elevó la vista de Job de las cosas de este mundo al Creador, el Señor mismo, cuando nosotros alzamos la vista al Señor comenzamos a

pensar en Aquel que es infinito en su ser. Aprendemos que, al igual que los copos de nieve, Dios es único. Pero él no está compuesto por varias partes, a diferencia de los copos que, tal como vimos, se componen de muchos cristales.

La humanidad ha sido creada para conocer, amar, adorar y glorificar a este Dios. Ahora bien, por su rebelión y su pecado, por supuesto, se han desviado de ese camino privilegiado. Pero, por medio del evangelio, Dios convierte a los creyentes en adoradores; adoradores que contemplan y sirven al Dios trino. Libera a los pecadores de servir a los ídolos, a las esculturas de su imaginación depravada, y los lleva a adorar al Dios vivo y verdadero, de manera que el clamor del verdadero cristiano es: «Señor, muéstrame tu gloria».

La serie de lecciones de este segundo módulo o bloque de teología sistemática está dedicada al estudio de la doctrina de Dios. El propósito es estudiar lo que la Biblia enseña sobre Dios mismo; es decir, lo que Dios nos ha revelado sobre sí. En la lección anterior aprendimos que Dios se nos revela por medio de sus nombres. En esta lección, empezaremos viendo lo que la Biblia nos enseña sobre el ser de Dios. Esto nos preparará el camino para que podamos considerar varios atributos de Dios en las siguientes lecciones.

Entonces, comenzaremos analizando brevemente un pasaje de las Escrituras que nos introduce en el estudio de la revelación de Dios mismo. En Deuteronomio 6:4 leemos: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es» [Repito: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es»].

Los judíos llaman a esta declaración la *Shemá*. *Shemá* es la primera palabra de este versículo en hebreo, la cual nosotros traducimos como «oye». De modo que ellos llaman la *Shemá* a la declaración que viene después de esta palabra.

Este versículo, Deuteronomio 6:4, comprende su confesión de fe principal. Se usaba en la oración y la recitación. Esta establece una importante verdad doctrinal que todos los cristianos profesan: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.

El mundo incrédulo, de la antigüedad y de la actualidad, siguen a una multitud de dioses falsos. Sabemos que este fue el caso de Egipto, Babilonia, luego de los griegos, así como de los romanos en la época del Nuevo Testamento; ellos tenían un panteón con diferentes tipos de dioses, todo un ejército de dioses que adoraban en diferentes momentos y ocasiones. Hoy en día, vemos que el mundo incrédulo representa la misma cosa.

Por ejemplo, en el hinduismo tienen unos 330 millones de dioses, los cuales adoran. Luego, otras religiones como el islam tienen solo un dios, el cual es falso, no el Dios verdadero. Pero Dios revela en la Biblia que él, y solo él, es el único Dios vivo y verdadero. Todos los demás no viven, son inertes; no son verdaderos, son falsos.

Es interesante que en el Nuevo Testamento Jesús citara este pasaje de Deuteronomio 6:4. En Marcos 12:28-29 leemos estas palabras: «Y acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar y sabía que les había respondido bien —es decir, Jesús—, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Y Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es».

Aquí Jesús está afirmando que hay un solo Dios, uno solo, un único ser divino. Pablo afirma esta misma verdad en muchos pasajes. Por ejemplo, 1 Corintios 8:6; allí leemos: «Para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas y nosotros somos en él, y un solo Señor, Jesucristo, por medio de quien son todas las cosas y nosotros por medio de él».

Ahora, de esto surge una pregunta, ¿verdad?, sobre la relación del Padre y del Hijo con respecto al hecho de que hay un solo Dios, un solo ser divino. Bueno, al pensar en esa relación, podemos considerar las palabras del mismo Jesús en Juan 10:30. Allí dice: «Yo y el Padre uno somos».

Bien, detengámonos ahora por un momento a analizarlo. Él dice: «Yo y el Padre»; está hablando de dos. Nótese también que cuando dice: «Yo y el Padre uno *somos*», ese verbo está en plural. De modo que dice: «Somos dos», la primera y la segunda persona de la Divinidad. Y fijémonos en la palabra que le antecede: ¿qué somos? «*Uno* somos». «Yo y el Padre *uno* somos». Jesús dice que «los dos son *uno*».

Bueno, y la pregunta es: ¿un qué? ¿Qué quiere decir con *uno*? El verbo de esta oración, «somos» —«Yo y el Padre uno *somos*»—, es el verbo «ser». Esto nos ayuda a entenderlo: Jesús se está refiriendo al hecho de que ellos son de un mismo ser, una naturaleza, una esencia. Nos está enseñando que él y el Padre son el único ser divino.

De hecho, nótese los dos versículos anteriores. En los versículos 28 y 29 dice que nadie puede arrebatarse a su pueblo de su mano. Ahora bien, no está hablando

de su mano física, la de su naturaleza humana. Es una metáfora sobre su poder divino: nadie puede arrebatarse a su pueblo de su mano.

Pero también dice que nadie puede arrebatarse a su pueblo de la mano de su Padre. Y, por supuesto, nosotros sabemos que el Padre no tiene un cuerpo, no tiene una mano física. De nuevo, esto es una metáfora: la mano representa su poder divino.

Entonces, ellos —es decir, el Padre y Cristo— tienen uno y el mismo poder. Como puedes ver en el versículo 30, el versículo siguiente que antes también cité, allí está resaltando que ellos —el Padre y el Hijo— son uno y de la misma esencia divina: «Yo y el Padre uno somos».

Por eso, en el versículo 31, los judíos quisieron apedrearlo. ¿Por qué? Porque entendieron lo que quería decir. Ellos entendían Deuteronomio 6:4, y que Jesús estaba afirmando ser Dios, de una esencia con el Padre.

Ahora bien, estaremos viendo más a detalle lo que todo esto significa, y cómo entenderlo y demás, en una lección posterior. Pero ahora estamos viendo, primero, a partir de la Escritura, que hay un solo Dios, un solo Señor, un solo ser divino.

Esto es muy relevante para lo que estaremos estudiando juntos, porque en esta lección aprendemos que hay un solo y único ser divino. Y, examinando esta verdad doctrinal, vemos —a manera de introducción— que Dios nos revela que él es simple, infinito y Espíritu, mostrándonos quién es; su propia revelación para nosotros. Esta es, pues, la perspectiva escritural.

En segundo lugar, consideremos la perspectiva doctrinal relacionada con el ser de Dios. Aquí profundizaremos más en la substancia de lo que las Escrituras nos enseñan sobre esta doctrina.

Comenzamos viendo Deuteronomio 6:4, que «Jehová nuestro Dios, Jehová uno es». Aprendimos que hay un único ser divino. Ahora, nótese cómo esto está resumido en la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 2, párrafo 1. Solo voy a destacar algunas cosas en esta lección de todo lo que tenemos aquí; las otras las veremos después, en una lección posterior.

La Confesión de Fe de Westminster, capítulo 2, párrafo 1, dice: «No hay sino un solo Dios, vivo y verdadero; quien es infinito en su ser y perfección, Espíritu

sumamente puro, invisible, sin cuerpo, partes o pasiones, inmutable, inmenso, eterno, incomprendible, todopoderoso, sumamente sabio, sumamente santo, sumamente libre, sumamente absoluto», etc.

Fijémonos especialmente en las siguientes declaraciones: el hecho de que Dios es infinito, el hecho de que es sin partes, y también que es Espíritu sumamente puro. Tratemos, pues, algunos detalles en esta segunda sección.

Lo primero es que: «No hay sino un solo Dios, vivo y verdadero». Eso significa que el cristianismo es monoteísta. Mono significa «uno»; teísta, que profesa un Dios. El cristianismo sostiene que hay un solo Dios. Esta verdad divina es fundamental para el corazón mismo del cristianismo bíblico.

Consideraremos la doctrina de la Trinidad al detalle en una lección posterior de este módulo, pero ya sabemos que la Biblia enseña que hay tres personas en la Divinidad. No hay tres dioses. Hay un solo Dios, que subsiste en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Estas tres son de una misma y única esencia singular, poseyendo cada una la plenitud de la Divinidad, y, sin embargo, la esencia permanece indivisible. Por lo tanto, las tres son iguales en gloria, poder y voluntad. Explicaremos esto con más detalle luego; pero por ahora, fijémonos en que hay un solo Dios, un solo ser divino. Adoramos a un solo Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Lo segundo, es que la unidad de Dios no solo significa que sólo Dios es Dios, y no los otros, También significa que Dios es uno consigo mismo, que es el mismo en sí, que es indivisible en su ser y en sus operaciones.

Si regresas a la cita de la Confesión de Fe de Westminster, notarás dos palabras. Allí dice que él es «sin partes». Él es sin partes. Ahora bien, esto es lo que los teólogos llaman la «simplicidad» de Dios, o la «simplicidad divina». Necesitamos definir esto, porque «simplicidad» no significa que sea poco inteligente, complicado, complejo, o sofisticado, como a veces podemos usar esta palabra.

El término teológico «simplicidad» o «simplicidad divina» significa que Dios no es un ser compuesto o la suma de algo. Él es sin cuerpo, sin partes o cualidades separadas. Es incapaz de sufrir composición o división alguna. Dios es puramente Dios. Lo que hay en él, es su propio ser. Así que, Dios es idéntico a sus perfecciones, y es completamente perfecto, sin combinación alguna.

Todo lo que está fuera de Dios, es decir, toda la creación, está compuesto por partes. Piensa, por ejemplo, en los árboles. Están compuestos por raíces, tallo, ramas, hojas, frutos; y tienen muchos otros componentes. Incluso podrías pensar en la composición celular de un árbol.

Lo mismo puede decirse de las estrellas, de nuestro sol, y otros astros. También de las personas. Nosotros tenemos cuerpo y alma. Estamos compuestos de un cuerpo y un alma. El cuerpo se compone de varias partes: ojos, orejas, etc. El alma tiene varias facultades: la mente, la voluntad, la consciencia y demás.

En fin, todo lo creado está compuesto por partes, y, por tanto, son susceptibles a variación. Pueden aumentar o disminuir su grado de perfección. Los árboles pueden perder sus hojas; nosotros, nuestro cabello. Podemos crecer en conocimiento, pero también podemos olvidar cosas y así disminuir nuestro conocimiento. Pero no así con Dios.

Podemos distinguir entre la esencia de una criatura y la existencia de la misma. Sabemos lo que es una mariposa, pero esa mariposa puede o no existir; lo mismo con una flor, una piedra, etc. Incluso podemos pensar en cosas que no existen. Por ejemplo, nosotros sabemos lo que es un duende, aunque no existen los duendes. Nunca ha existido tal cosa.

Pero, volviendo a Dios, él no está compuesto por partes, con lo cual, no está sujeto a cambio ni variación. La esencia de Dios y su existencia no son distintas. La esencia de una persona es una cosa, y su existencia es otra. Tal hombre puede existir, y luego ya no. Pero, esto no es así para con Dios. Su esencia y su existencia no son distintas. Él existe necesariamente.

Ahora bien, soy consciente de que todo esto puede sonar muy deslumbrante e insólito, que puede que nos resulte difícil comprender estas cosas. Después de todo, somos criaturas, y todo lo que somos, todo lo que vemos, todo lo que nos rodea, está compuesto por partes. Y esto nos hace pensar, y puede que nos agote.

Algunas de las cosas que veremos en esta lección, y también en un par de lecciones más, van a desafiar nuestras mentes. Pero eso es importante, porque necesitamos someter nuestras mentes a la Palabra de Dios, necesitamos darnos cuenta de que Dios es mucho más grande de lo que nuestras mentes finitas podrán comprender jamás. Por tanto, no deberíamos sorprendernos si nos duele o nos cuesta pensar en quién es Dios.

Lo tercero, es que entender la simplicidad de Dios es muy importante para nuestro estudio de sus atributos. Es por eso que estamos cubriendo la simplicidad de Dios en esta lección. Más adelante hablaremos del hecho de que Dios es omnisciente, hablaremos sobre su poder, su santidad, su bondad, su misericordia, y demás. Todos estos son atributos de Dios.

Pero, no debemos pensar en ellos como si se tratasen de sus partes, al igual que las tajadas de un pastel. Piensa en un pastel o una tarta. Cuando sale del horno, tomas un cuchillo y comienzas a partirlo, dividirlo en diferentes partes: una tajada para esta persona, otra tajada para esta otra. Pero no debemos pensar así sobre los atributos de Dios, como si fuese él un pastel, y un atributo como si fuese una tajada de él, y otro atributo, otra tajada: su santidad es una cosa, su poder es otra.

Algunos cometen este error, y no se dan cuenta de que cuando decimos que el Señor nuestro Dios, el Señor uno es, eso incluye el hecho de que él posee la simplicidad divina. Incluso algunos han llegado a exaltar un atributo suyo por encima de los demás. Lo hacen cuando dicen: «Bueno, Dios es justo, pero es mucho más amoroso que justo», y otros errores semejantes.

Necesitamos entender que no es que Dios tenga bondad, o que haga solo lo que es bueno, sino que Dios es el bien. Dios es el bien en su propio ser. El ente de Dios y el ser de Dios, son idénticos. Dios es uno: un ser indiferenciado, indivisible, incompuesto.

Nosotros también tenemos atributos, desde luego, pero éstos son ajenos a nosotros. Puede que nosotros tengamos sabiduría, o puede que no; puede que crezcamos en sabiduría. Hay cosas en las que somos expertos, y hay otras en las que somos torpes. Lo mismo pasa con nuestro cuerpo; por ejemplo, el color de nuestro cabello, puede que sea rubio, negro o castaño, y al final se convierten en canas, etc.

En fin, todos estos atributos que tenemos son ajenos a nosotros. Nuestra sabiduría puede variar, nuestro color de cabello también, pero nosotros seguimos siendo los mismos. Seguimos siendo las mismas personas. Estos atributos no forman parte de nuestra esencia.

Sin embargo, cuando hablamos de Dios, no es que Dios sea una cosa y sus atributos otra, como sucede con nosotros, que se añaden a nuestro ser. No, Dios

es sus atributos. Sería bueno que grabes esto en tu mente. Dios es sus atributos: es idéntico a sus atributos, en virtud de la unidad de su esencia. Es de una sola esencia perfecta.

Además, llegamos a la conclusión de que no podemos conocer a una esencia infinita e indivisible, ¿verdad? Por eso, Dios condesciende para revelarse a nosotros en su Palabra, y lo hace de una manera que se adapta a nuestra capacidad como criaturas.

Piensa, por ejemplo, en un rayo de luz. Puedes hacer que atraviese un prisma, y, entonces, se produce la refracción de las longitudes de onda de esa luz, y sale por el otro lado lo que conocemos como un arcoiris. Bien, Dios revela su ser infinito a nuestras mentes finitas al manifestarse, como diríamos, desde diferentes perspectivas comprensibles para sus criaturas, las cuales llamamos bien como sus atributos.

Conocemos la verdad sobre quién es Dios. Dios es sabio, poderoso, santo, justo, bueno, etc. Pero no debemos cometer el error de pensar que esos atributos son partes de Dios, que pueden contrastarse entre sí. Dios es simple. Por ejemplo, su ser es su poder, y su poder es sabiduría, y bondad, y santidad, etc.

Después, en este mismo módulo, estaremos consideraremos sus atributos divinos antes de pasar a estudiar la Trinidad. Pero, desde ya, vemos que la simplicidad de Dios nos enseña que nosotros no creemos en un triteísmo.

Recuerda lo que aprendimos: que el cristianismo es monoteísta, de un solo Dios. No creemos en el triteísmo, es decir, que la divinidad de Dios se divida en tres personas, porque esto supondría tres partes.

No es que existan tres personas de una categoría superior a la que llamamos Dios. No, eso es extraer conclusiones a partir de lo creado y aplicarlo al Creador: yo soy una persona humana, lo que significa que soy un ser humano; y tú también lo eres, también eres un ser humano; somos, entonces, dos seres, con dos mentes, con dos voluntades.

Pero en Dios hay un solo ser. El único Dios es indivisible. Cada persona de la Trinidad comparte una misma esencia indivisible. Cada persona de la Trinidad es plena y totalmente Dios. De modo que, vemos que Dios es simple en su esencia. Más adelante veremos que él es Trinidad en sus personas.

Lo quinto, es que, tal como dijimos en la segunda lección, que Dios es infinito en su ser; es decir, que Dios no es finito, no es limitado, no tiene límites, términos, medidas, grados, etc. Bueno, esto refuerza el hecho de que el ser de Dios es un solo ser, porque, por definición, no puede haber dos seres infinitos. Ambos no podrían ser ilimitados, porque tendrían que limitar su ser para dar lugar al otro ser.

Soy consciente de que suena enrevesado, pero entiendes a lo que me refiero. También vemos que el ser infinito de Dios implica que es infinito en todos sus atributos. Él tiene poder infinito, por eso se le llama Todopoderoso, o también omnipotente. Asimismo, es infinito en su sabiduría, es infinito en su conocimiento, lo es también en su santidad, bondad, y demás.

Esto se aplica a todos sus atributos, ya que él es simple e infinito. Todas las perfecciones de Dios exceden a todo límite y medida. Ahora, esto se contrasta con todo lo que ha sido creado, incluso con cosas como el aire. Podrías pensar: «Bueno, el aire parece que está en todas partes»; pero solo es un elemento más de la creación, ¿verdad? No es infinito. Puedes observar la grandeza de un monte, pero también ver que está limitado a ser un solo monte, estar en un solo lugar, con unas medidas determinadas, etc. No así el Señor. Su ser no tiene límites ni medidas.

En el Salmo 145:3, cantamos: «Grande es Jehová y digno de suprema alabanza, y su grandeza es inescrutable». Nótese que es «inescrutable». Es imposible para lo finito, los que somos limitados, conocer lo que es infinito, a Dios quien es ilimitado e inmenso. Aunque nunca podremos comprenderlo exhaustivamente, sin embargo, sí podemos conocerlo de verdad, tal como él se ha revelado.

El sexto punto en esta segunda sección es que Dios es Espíritu. En Juan 4:24, Jesús dijo: «Dios es Espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren». El ser divino es Espíritu. Esto no se aplica solo a la tercera persona de la Trinidad, al Espíritu Santo, sino a toda la Divinidad. Dios no tiene un cuerpo como nosotros, los hombres. Vimos esto al hablar de la simplicidad de Dios: él no tiene partes.

No obstante, cierto es que Dios condesciende al revelarse a nosotros, y usa ilustraciones que nos resultan familiares. Por ejemplo, él se acomoda a nuestra condición de criatura al describirse a sí mismo de maneras propias de las criaturas; esto es lo que los teólogos llaman lenguaje «antropomórfico».

Se nos dice que «los ojos de Jehová contemplan toda la tierra» (2 Cr 16:9). Pero Dios no tiene ojos, Dios es Espíritu. Usa esta ilustración que nos suena familiar para enseñarnos que Dios lo sabe todo, que lo ve todo, que está presente en todo lugar; y allá donde está, protege y ama a su pueblo.

Cuando se nos dice que Dios está «yendo» o «viniendo», no significa que Dios está limitado a un lugar y se está trasladando a otro; no, en absoluto. Se refiere a la manifestación de su presencia para con nosotros.

Él se nos revela, por ejemplo, al bendecirnos; se revela o manifiesta su presencia en el juicio también. Todo esto se describe de manera que una criatura como nosotros pueda entenderlo. Esto nos ayuda a entender los conceptos. Pero no debemos ser tan ingenuos como para creer que Dios tiene un cuerpo. No, Dios es Espíritu.

Así pues, al considerar el ser de Dios, hemos destacado de manera especial tres cosas: la simplicidad de Dios, el hecho de que Dios es infinito, y el hecho de que Dios es Espíritu por naturaleza. Bien, esto nos da un panorama general sobre la doctrina del ser de Dios.

En tercer lugar, necesitamos considerar brevemente la perspectiva polémica. Y la primera objeción que se levanta contra ella es, por supuesto, el engaño de la idolatría. Tú conoces los diez mandamientos; sabes que el primero y el segundo prohíben la idolatría.

El primer mandamiento nos dice a quién hemos de adorar: al único Dios vivo y verdadero. El segundo mandamiento nos dice cómo hemos de adorarlo: solo de la forma que él nos ha prescrito en su Palabra. Así, el primer mandamiento trata sobre el objeto de la adoración; el segundo con la manera de adorar.

No debemos adorar a ningún otro, y nuestra adoración al verdadero Dios debe ser en espíritu y en verdad. Pues bien, he aquí el engaño de la idolatría. El resto del mundo, el mundo pagano, dice: «¿Por qué, si hay muchos dioses?».

Pablo confrontó esta mentira, en Hechos 17, cuando estuvo en Atenas. En el versículo 16, leemos: «Y mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía dentro de él viendo la ciudad dada a la idolatría». Luego, en los versículos 22 y 23, lo vemos en acción: «Estando, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: Varones atenienses, en todo os veo muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual estaba esta ins-

cripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Aquel, pues, que vosotros honráis sin conocerlo, a este yo os anuncio».

¿Qué está pasando? El apóstol Pablo está exponiendo la insensatez de la idolatría y de multiplicar los dioses, los falsos dioses. Él dice: «Esto es supersticioso», y acto seguido comienza a proclamar al Dios verdadero, mostrándoles la maravillosa liberación que trae consigo el saber quién es Dios, el Creador de los cielos y la tierra, y demás.

La segunda, es que necesitamos confrontar la tentación de adorar a Dios mediante imágenes. Si vuelves a Hechos 17, te darás cuenta que Pablo hizo lo mismo. En el versículo 25, leemos: «[Dios] ni es servido por manos de hombres, como si necesitara algo, pues él da a todos vida, y aliento, y todas las cosas». Y en el versículo 29 dice: «...no hemos de estimar que la Divinidad sea semejante a oro, o a plata, o a piedra, escultura de arte e imaginación de hombres».

Hay quienes piensan que podemos adorar al Dios verdadero, al Dios de la Biblia, haciendo uso de imágenes. Sin embargo, el segundo mandamiento lo prohíbe. «No te harás imagen ni ninguna semejanza», se nos dice.

Como podrás ver, esto está relacionado con nuestra comprensión de quién es Dios: Para Dios, por causa de su simplicidad divina, y por el hecho de que es infinito, por el hecho de que es Espíritu, sería ilícito, sería pecaminoso, contra él emplear imágenes de Dios, imágenes de cualquiera de las tres personas de la Divinidad, del Padre, Hijo o Espíritu Santo. La Biblia prohíbe estas cosas. No debemos hacer o usar ninguna escultura, pintura o imagen de ninguna de las tres personas de la Divinidad.

La tercera, muy brevemente: como ya hemos mencionado antes debemos estar preparados para rechazar la idea del triteísmo. Hay quienes vienen a la Biblia, y se encuentran con que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y llegan a la conclusión, errónea, de que hay tres dioses.

Pero, ya hemos aprendido en nuestro estudio —y lo trataremos también después— que esto es falso, porque no hay sino un solo Dios: «Jehová nuestro Dios, Jehová uno es». Por tanto, no podemos tolerar la idea de que existan «tres dioses». Esta es una falsa doctrina, que conduce a todo tipo de problemas, los cuales consideraremos en una lección posterior.

En cuarto lugar, ahora necesitamos extraer algunas aplicaciones prácticas para nosotros. La primera aplicación es la más obvia, y es que debemos responder a estas doctrinas con adoración. Toda la gloria, el honor, y la alabanza deben ser dadas al único Dios vivo y verdadero. Debemos aplicar esta doctrina mostrándonos ante el Señor y adorándolo con todo nuestro corazón, al reunirnos con su pueblo en la congregación, y adorándolo como merece ser adorado.

Agustín, uno de los padres de la iglesia, dijo: «El verdadero principio de la piedad es tener un concepto de Dios tan elevado como sea posible»¹. Y, viendo la supremacía de Dios, somos llevados a confiar, temer, y deleitarnos en Dios mismo.

Nótese lo que sigue a Deuteronomio 6:4, el versículo con que empezamos. Si lees los versículos 4 y 5 juntos, dice: «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Amarás, pues, a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas». ¿Qué significa esto? Significa que esta doctrina nos lleva a amar al Señor con todo nuestro ser, con todo lo que somos. Hemos de adorarlo y amarlo, seguirlo, guardar sus mandamientos, servirlo, y demás.

Otra aplicación práctica tiene que ver con la gravedad del pecado, porque todo pecado es una afrenta al Dios infinito. La gravedad del pecado, la magnitud de la ofensa, se mide mejor considerando contra quién se ha pecado. Es contra Dios, quién es simple en su ser, infinito, y Espíritu puro.

Esta es la razón por la que la paga del pecado es la muerte eterna, el infierno eterno. El infierno es eterno. Podrías pensar: «Bueno, ¿y por qué un número limitado de pecados de una persona demandaría un castigo eterno en el infierno?». La razón no se halla solo en nuestros pecados, sino contra quién se cometen estos. Estamos pecando contra el Dios infinito, lo cual exige un castigo infinito también.

De la misma manera, por otro lado, ¿cómo esto influye en nuestra comprensión de la expiación por el pecado? Pues bien, Cristo tiene que ser verdadero Dios y verdadero hombre, tiene que ser ambos. Tiene que ser verdadero hombre y finito para que, por supuesto, pueda morir. Pero también tiene que ser Dios, ser infinito. Cuando él asume la naturaleza humana, no se vacía de sus atributos

¹ La cita de Agustín de Hipona, padre de la iglesia nacido a mediados del siglo IV, se extrae de su obra latina *De libero arbitrio*, libro II, cap. V: «Optime namque de Deo existimare verissimum est pietatis exordium». Es probable que el profesor lo haya parafraseado, o que la traducción del latín al inglés que está usando sea de equivalencia dinámica. (N. del T.)

divinos. Antes bien, esos atributos divinos, como su ser infinito, hacen que su sacrificio en la cruz sea de un valor infinito también.

La tercera aplicación, es que, en el hecho de que Dios es simple, infinito, y Espíritu, podemos ver las inescrutables riquezas de su gracia. El pecado, terrible como es, y Satanás, poderoso como es, no son rivales para el Dios de toda gracia.

Dios no está limitado por lo que a nosotros nos parece imposible. A veces, los cristianos enfrentan pruebas que parecen imposibles. El Señor dice que los cristianos «[son] guardados por el poder de Dios» (1 P 1:5).

Este es un Dios que es poderoso, que es infinito en poder, y que es capaz de salvar a su pueblo de los lazos del pecado, de derrotar a Satanás, y sostener a su pueblo en las pruebas. Nuestros corazones reciben fe y seguridad al levantar nuestra mirada y contemplar su gloria, la gloria de este Dios incomparable.

La cuarta es que Dios es el sumo bien para el creyente. Es el alimento que nuestras almas ansían. No solo tenemos los dones espirituales y temporales que él nos da, porque él nos da nuestro pan diario, juntamente con los dones espirituales por medio de su Espíritu Santo y su Palabra; sino que, por encima de todo, Dios mismo es el gran galardón del alma: el verlo, conocerlo, tenerlo y adorarlo.

Él es aquel que queremos contemplar. Es la gran fuente de nuestro deleite y placer. Nosotros, aquellos amadores de Dios. En Apocalipsis 21:7 se nos ofrece un adelanto del cielo, cuando dice: «El que venza heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo». Tendremos al Señor mismo. Esta es, entonces, otra aplicación. Nuestros corazones son transportados de las cosas terrenales a las cosas celestiales, para hallar nuestra delicia en él.

Bien, en esta lección hemos comenzado nuestro estudio sobre el ser de Dios. Hemos aprendido que la simplicidad de Dios y su infinitud —el hecho de que él es infinito—, y el hecho de que es Espíritu, nos ayudarán a comprender mejor todos sus atributos. Esto, a su vez, establece las expectativas de nuestro estudio acerca de quién es Dios en sus atributos.

Vemos su importancia si lo comparamos con la construcción de un edificio: a medida que avancemos en las siguientes lecciones sobre los atributos de Dios, lo haremos basándonos en lo que hemos considerado en esta lección en particular. En las siguientes lecciones estaremos estudiando lo que la Biblia nos revela sobre los diferentes atributos del Dios vivo y verdadero.